

Beatriz Giménez de Ory

Un hilo me liga a vos

Mitos y poemas



**Ilustraciones de
Paloma Corral**

sm

Beatriz Giménez de Ory

Un hilo
me liga
a vos

Mitos y poemas

**Ilustraciones de
Paloma Corral**





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURAS**SM**•COM

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Marta Mesa, Lara Peces

© del texto: Beatriz Giménez de Ory, 2020

© de las ilustraciones: Paloma Corral, 2020

© Ediciones SM, 2020

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)


www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-311-4

Depósito legal: M-35149-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



A mi padre, siempre en mi recuerdo:
*Sabed que, aunque estemos lejos,
un hilo me liga a vos.*

Y a mi hijo Daniel.

Introducción

«Esas mujeres y esos hombres, y esas diosas y esos dioses que tanto se nos parecen, celosos, vengativos, traidores, ¿existieron? Quién sabe si existieron. Lo único seguro es que existen».

EDUARDO GALEANO:
Espejos. Una historia casi universal

Que sí, que los dioses griegos existen, créeme. Yo misma los veo todos los días, en todas partes: aniquilando enemigos con los mágicos mandos de sus consolas, saltando prodigiosamente en las canchas de baloncesto, celebrando a risotadas la vida en los bancos del parque, o recorriendo (enérgicos, perezosos, tímidos) los pasillos de colegios e institutos.

Precisamente allí, en el instituto donde trabajo, hay muchísimos. De hecho, estoy casi segura de que mis alumnos, tan jóvenes, tan bellos y apasionados, son todos dioses griegos. Es verdad que están llenos de defectos (pueden ser más coléricos que el propio Zeus, más celosos que Hera, brutotes como Polifemo, un verdadero incordio como Eros, vengativos como Némesis, indiscretos como Pandora o siniestros como Hades), pero también poseen la inteligencia de Atenea, la rapidez de Mercurio, la osadía de Prometeo. Sé que muchos aman con los ojos cerrados, como Endimión, o que incluso amarán más allá de la muerte, como Orfeo.

Algunos sufren (¡ay, se les nota tanto!) de desamor, como la ninfa Eco, o son tan hermosos que dejan a los demás sin habla, como le ocurría a Narciso. A veces sueñan sueños equivocados, de fama y riqueza (así le sucedió al rey Midas), o se burlan de los más pequeños, como hizo Apolo con el regordete dios del amor.

No todos mis alumnos vienen de hogares felices: a más de uno, como a Hefesto, sus madres no los quieren; otros (Faetón, por ejemplo) crecen sin saber quién es su padre. Los hay que, como Casandra, sueñan un futuro que los demás no podemos ni imaginar. Todos se perderán, en algún momento, en su propio laberinto, y soportarán tareas más pesadas e inútiles que la piedra de Sísifo.

¿Quién de ellos no se pregunta si hay alguien que decide cuándo habrán de morir? ¿Tal vez tres terroríficas hermanas con una tijera descomunal?

Este poemario que tienes en las manos, lector, lectora, habla de dioses griegos, y a la vez habla de ti. Porque tú también miras intensamente las estrellas, indagas acerca de tu destino, bailas y cantas y amas y odias apasionadamente. A ti también te consume el desamor y conoces el poder destructivo de los celos y la ira. Y a menudo te sientes eternamente joven, capaz de grandes logros, con toda la vida por delante.

Gozar, sufrir, querer, soñar... todo lo haces con entusiasmo. Es decir, con *enthousiasmós*, que en griego significa «inspiración o posesión divina».

Entonces, ¿vive dentro de ti un dios o una diosa de la antigua Grecia? ¿Cuál de ellos? Tal vez estos poemas te ayuden a descubrirlo...

BEATRIZ GIMÉNEZ DE ORY

Mitos
y poemas





Este hilo

Los hilos a menudo son tan leves
que viajan por el aire inadvertidos.
Son las briznas de hierba, los caminos,
las cuerdas de un laúd, la vida breve,

las hormigas que marchan como deben,
los versos alineados en un libro,
tus venas, tus cabellos... todos hilos.
También la lluvia que la tierra bebe.

No sueltes esta hebra que te tiendo
y a mí gentes más viejas me dejaron.
Eres porque otros fueron en el tiempo.

Que este hilo es la voz de antiguos cantos.
Si nadie los recuerda, van muriendo.
Un presente te doy: nuestro pasado.

Soneto del rey Midas

Las trenzas apretadas de los trigos
ya eran de oro antes que las rozaras.
El sol tiñó de rubio las mañanas
día tras día, sin contar contigo.

¿No era dorado el polvo del camino?
¿No era oro puro el fuego que quemaba?
¿No es la luna moneda anaranjada?
¿Qué hay del alba y del astro matutino?

Tenías pocas luces tú, rey Midas,
pues pobre en brillos te pareció el mundo.
Justo castigo pienso que tenías:

lingote duro el pan, la carne, el fruto;
metal amargo el agua que bebías...
¡Mendigabas pobreza, vagabundo!

{Midas}

A Dionisos lo crió su maestro, Sileno, a quien tenía mucho cariño. En cierta ocasión, el anciano Sileno bebió más de la cuenta (no en vano su señor era el dios del vino), se quedó dormido y se perdió en medio de unas viñas. Afortunadamente, lo encontraron unos campesinos y lo llevaron ante su rey, Midas. El rey lo acogió en su palacio durante diez días y celebró grandes fiestas en su honor. Después lo acompañó hasta donde se encontraba Dionisos.

–Midas, te agradezco enormemente que hayas cuidado tan bien de mi querido ayo Sileno. Pídemelo que quieras, que te lo concederé –le dijo el dios.

El rey era codicioso y bobo a partes iguales:

–¡Oh, excelso dios! Haz que todo lo que toque se convierta en oro.

–¡Qué deseo tan disparatado! Piénsatelo mejor, Midas, o te arrepentirás.

–¿Arrepentirme? ¿Cómo habría de arrepentirme? Transformar en oro todo lo que toque sería para mí la mejor de las fortunas.

–Sea –respondió Dionisos.

Y con ese regalo envenenado, Midas volvió a casa. Enseguida quiso comprobar que el dios no le había mentado, y recorrió el camino rozando ramas, piedras, espigas y manzanas. ¡Todo quedó convertido en resplandeciente metal! ¡Era el hombre más rico de la Tierra! ¿Podía haber felicidad mayor que la suya?

Nada más llegar a palacio, pidió a sus criados que le sirvieran una comida opípara, pues estaba hambriento después de un viaje pla-

gado de emociones. ¡Qué olor maravilloso despedían el pan recién horneado y la carne humeante asada en su jugo!

Pero al ir a probar un trozo de pan, notó que era metal lo que mordían sus dientes. Para quitarse el sabor amargo de la boca, quiso beber un trago de vino y sintió, horrorizado, que era oro líquido lo que le bajaba por la garganta.

En aquel momento supo que a él, el hombre más rico del mundo, le aguardaba una muerte lenta por hambre y sed. Le entró tal desesperación que empezó a darse puñetazos en la frente. Ni que decir tiene que le quedó la cabeza cubierta por un barniz dorado. Lleno de terror, elevó los brazos al cielo gimiendo:

—¡Oh, ilustre Dionisos! He sido un verdadero estúpido. Te pido perdón por desoír tu consejo. Por lo que más quieras, permíteme que te devuelva el regalo.



El dios le contestó:

—Está bien, Midas. Espero que hayas aprendido la lección. Escucha bien cómo debes proceder: busca el río Pactolo y remóntalo hasta que encuentres su fuente, que mana de una roca. Allí mismo deberás lavarte la cabeza.

Midas no perdió ni un minuto y salió a la carrera hasta las montañas donde nacía el río. Se bañó y comprobó aliviado que Dionisos había cumplido su palabra. Desde entonces, el río Pactolo arrastra numerosas pepitas de oro.

Lamentablemente, las aguas del río no le quitaron a Midas la tontería de encima, por lo que un tiempo después volvió a cometer otra estupidez terrible, de manera que se ganó (y esta vez sí que no hubo vuelta atrás) unas orejotas de burro. Pero esa es otra historia...